

Hotelería y sociabilidad vasca en América

Marcelino Irianni*

RESUMEN
LABURPENA
ABSTRACT

Como excusa para homenajear los cuarenta años de la primera edición de *Amerikanuak*, elegimos repensar la hotelería vasca pampeana, también observada en el oeste americano. Del legado invaluable de Douglass y Bilbao, destaca esa mirada amplia que no descuida el detalle, anticipándose a la historia antropológica y ambiental, la microhistoria y la vida cotidiana. El escenario donde se instalaban los hoteles étnicos, junto a la observación detrás de bambalinas de sus actores, son una muestra cabal de ello.

Amerikanuak obraren lehen edizioaren berrogei urteak omentzeko aitzakiarekin, panpako euskal hotelak (eta Amerikako mendebaldekoak) berraztertzea erabaki genuen. Douglasssek eta Bilbaok utzitako ondare baloraezin horretan, xehetasuna ahazten ez duen ikuspegi zabal hori azpimarratu behar da. Izan ere, Douglasssek eta Bilbaok aurrea hartu zioten historia antropologikoari, ingurumen-historiari, mikrohistoriari eta eguneroko bizitzaren historiari. Horren erakusgarri dira hotel etnikoak kokatzeko lekua eta bertako jendearen eguneroko bizitzaren behaketa.

As an excuse to honor the fortieth anniversary of the first edition of *Amerikanuak*, we chose to rethink the pampeanos Basque hotels, also observed in the American West. Of the invaluable legacy of Douglass and Bilbao, it highlights the broad view that does not neglect detail, anticipating the anthropological and environmental history, micro-history and everyday life. The scenario where ethnic hotels were installed, along with the observation behind the scenes of the actors, is a perfect example of this.

PALABRAS CLAVE
GAKO-HITZAK
KEY WORDS

Enfoque, estereotipos, sociabilidad, frontera, pastores.
Ikuspegia, estereotipoak, soziabilitatea, muga, artzainak.
Focus, stereotypes, sociability, border, shepherders.

* Unicen-Conicet. Argentina
marcelino_irianni@yahoo.com.ar

Fecha de recepción/Harrera data: 20-05-2016
Fecha de aceptación/Onartze data: 25-07-2016

“Amerikanuak no sólo estudia la permanencia de las señas de identidad vascas en el Nuevo Mundo, sino que se ha convertido en una parte del propio proceso” (Douglass)¹.

Este artículo nace de una ponencia reciente en Bayona, a propósito de la realización de una jornada homenaje a los cuarenta años de la primera edición de *Amerikanuak*, el clásico libro de Douglass y Bilbao. *Amerikanuak* fue, sin lugar a dudas, una bisagra historiográfica en la recuperación de los inmigrantes vascos en América. También, un puente ineludible que atravesar por aquellos que nos dedicamos a este particular grupo migratorio. Se podría decir que Douglass y Bilbao delinearon el borrador del índice de un libro que aún no se ha completado. Se ha avanzado y mucho, las más de las veces apoyándonos en temas para repensar a partir de ideas novedosas o documentos alternativos. En otras oportunidades, también desde nuevas miradas que achicaban la óptica, ese límite difuso entre la macro y la micro historia que surge en 1990. La frase de Douglass que abre el apartado, que los historiadores de la inmigración hemos comprobado una y otra vez, convierten a la obra en una especie de faro que guía a los vascos y descendientes que rastrean sus oscuros pasados cruzando el océano hacia América.

Amerikanuak es un libro antropológico que colocamos una y otra vez junto a los de Historia. Coincidimos con Román Basurto Larrañaga, quien tiene a cargo la presentación de la primera edición en español, “que *Amerikanuak* equilibra la mirada del historiador y el antropólogo; el primero considerando el presente como resultado de procesos desarrollados en el pasado, en tanto que el antropólogo hace hincapié en el papel determinante de las instituciones, costumbres y creencias actuales en la configuración de aquél”² Es una obra de historia antropológica³, la primera que tuve en mis manos casi al mismo tiempo en que compartía charlas de congreso con Douglass en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, a fines del invierno de 1997. Bill elogió algunos aspectos de mi ponencia y sugirió un recorte del objeto de estudio, para que fuese manipulable, accesible para su seguimiento en un escenario y tiempos acotados. Una familia, acaso dos generaciones o un grupo de muchachos que marchan desde un pueblo vasco, comentaba con su mirada perdida en el techo de la Biblioteca. Diez años más tarde, en Reno, tuve la oportunidad de continuar aquellas charlas y de intercambiar ideas sobre los

1 Douglass, William y Bilbao, Jon: *Amerikanuak. Los vascos en el Nuevo Mundo*, Servicio Editorial de Universidad del País Vasco, 1986. Prefacio a la edición española, p. 19. Edición Original, *Amerikanuak. Basques in the New World*, University of Nevada Press, 1975.

2 Douglass y Bilbao, *Amerikanuak*, Presentación, pp. 9-13.

3 Probablemente los autores de *Amerikanuak* estuvieron influenciados por textos ya clásicos como el de Clifford Geertz: *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1987, al que luego seguirían trabajos de Peter Burke, Carlo Ginzburg, entre otros.

temas entonces en boga, la identidad, la sociabilidad y las redes. Ello me convoca a este merecido homenaje a una obra que encontré al inicio de mi marcha y un escritor que me indicó atajos.

Aunque podría ser cualquier otro aspecto de la inmigración vasca a América, hemos elegido repensar un fenómeno pampeano como el de la hotelería –también observado en buena parte del oeste de los Estados Unidos– que sin ser exclusividad de los vascos, los tuvo sin lugar a dudas como protagonistas destacados. El tamaño de un artículo no puede contener, al menos en la dimensión que corresponde, el aporte cabal de *Amerikanuak*. En la imposibilidad de un enfoque totalizador del legado de Douglass y Bilbao, me quedo con su mirada amplia que no descuida el detalle, anticipándose en mucho a la historia ambiental y la vida cotidiana. El escenario donde se instalaban las fondas y hoteles, junto a la observación detrás de bambalinas de sus actores, son una muestra cabal de lo que intento rescatar. No debemos olvidar que se trata de una obra, también pionera en ello, “destinada a la comunidad científica interesada en la inmigración y a un público más amplio, deseoso de conocer el papel de los vascos en el oeste americano”⁴.

2. CUARENTA AÑOS DESPUÉS DE AMERIKANUAK

“No es un trabajo definitivo y su contenido, deberá ser revisado en muchos aspectos” (Laxalt, citando a Douglass, 1986)

Amerikanuak es una obra extraordinaria para su época y de notable precocidad historiográfica. Es, quién lo dudaría, producto de un trabajo arduo que demandó seis años y la visita de varios países. El subtítulo “Los vascos en el Nuevo Mundo”, habla a las claras de aquellas miradas amplias de un fenómeno, hoy impensable, que se apoyaban en una fuerte base bibliográfica y periodística. A simple vista se observa el desequilibrio respecto al trabajo de documentación primaria, archivística, situación que se insinúa y se alcanza en algunos momentos precisos como la salida de los vascos de sus pequeños pueblos, el tratamiento de los pastores y la hotelería. Semejante escenario, cuestionado en una tesis actual, se corresponde con un arco temporal de 400 años, lo que también es propio de esa etapa bibliográfica en que se constituye y publica la obra. No es necesario aclarar que con esas dimensiones, arrancando desde la etapa colonial y haciendo un repaso de América, aunque ancle mayormente en un grupo de sitios donde avistan comunidades euskaldunas, el objeto de estudio no puede alejarse de la figura de los vascos para comprender otros actores. Así, con saltos temporales en vez de procesos, con momentos de tensión o favorables en vez de coyunturas analizadas en su complejidad, los autores observan a los

⁴ Douglass y Bilbao, *Amerikanuak*, Presentación, p. 17.

vascos en el Nuevo Mundo, término que también está hoy en desuso. No existía entonces la posibilidad de que analizaran la documentación necesaria ni disponible para recuperar con certeza a su objeto de estudio, muchas veces apoyándose en lo distintivo de sus apellidos (aunque pudiesen ser nacidos en América), generalmente desde narraciones de época, observadores contemporáneos o noticias periodísticas. De esta manera y en una época en que la inmigración aún no había desatado su tormenta de problemas y dudas respecto a una visión panorámica que generalizaba conductas y deshumanizaba objetos de estudio, Douglass y Bilbao abundan en la búsqueda de estereotipos –a veces con críticas certeras–, característicos de los trabajos que consultan. En buena parte de América, antes de la década de 1980, no era frecuente toparse con obras académicamente sólidas sobre los vascos y no abundaban las referidas a otros grupos étnicos. La producción descansaba –desde una mirada cuasi ‘darwinista’ y unos documentos que reflejaban sus logros materiales–, en miradas biográficas de personalidades euskaldunes sobresalientes. Cualquiera que haya revisado historiográficamente los primeros setenta años del siglo XX dedicados a los vascos en América (principalmente en el ámbito rioplatense), coincidirá también que aquella buscaba apuntalar –con viejos o nuevos ejemplos–, un estereotipo de trabajador rural, terco e incansable, honesto, cuya boina era un cheque al portador para presentarse. A partir de allí, una historia social y economicista, con pretensiones de investigaciones ajustadas a un método riguroso y documentación probatoria, zarandearon los trabajos previos, descartando parte de sus resultados. Desde entonces, el escollo y desafío para los autores –sigue siéndolo– es que los vascos aparecen inmersos (camuflados) en sus actos cotidianos y documentos como españoles y franceses. De allí la imposibilidad terrenal de realizar una obra sobre los vascos en el Nuevo Mundo, filtrando y escogiendo cada euskaldun potencial, para dejarlo sobre el escritorio. Aunque ya se trabajaban Censos Nacionales en Argentina y otros países, aquellos generalmente no contienen la provincia de origen de los extranjeros, lo que perjudica especialmente a los investigadores de la temática vasca.

Por las mismas razones, es esperable que los autores no plantearan un escenario americano con la exactitud política de sus procesos, aún controvertidos, aunque mayormente abordados en los últimos treinta años. Es natural encontrar, acorde con cierta bibliografía de la época y anterior aún, referencias a un Juan Manuel de Rosas dictador y una escueta dedicación e interpretación de la presencia indígena en buena parte de la zona en la que se asentarían los vascos. La temática indígena pampeana fue abordada con seriedad desde mediados de 1980, poco tiempo después que en Estados Unidos. Los autores –concedores de que los gobiernos hacían acuerdos con algunos caciques y con el ‘periódico del lunes en sus manos’–, sintetizaron un proceso decimonónico que posibilitaba, no sin dificultades, el poblamiento de la frontera pampeana o el oeste americano. Otro tema que se discute una década

después de la primera edición de *Amerikanuak*, es la figura del gaucho pampeano, minoría diferente al criollo, compleja de analizar desde la documentación. Douglass y Bilbao lo equiparan al cowboy, lo que no deja de ser certero desde el punto de vista de sus destrezas como jinetes y domadores, además de su apego al ganado vacuno y desprecio por el lanar. Hoy, con otras ideas y documentos novedosos, hemos avanzado en definiciones más ajustadas de aquel estereotipo que también fluctuó acomodándose a las distintas coyunturas bonaerenses. Acaso la diferencia fundamental entre ambos personajes, es que un capitalismo que entra por América del norte, desciende intentando cambiar varias centurias de atraso colonial español, ordenando antes el mercado de tierras y de trabajo en tierras de los sioux que en las del cacique pampeano Catriel, lo que acelera la mutación o desaparición de sus sujetos históricos a un nuevo escenario.

De todos modos y es lo que nos interesa aquí, *Amerikanuak* intuye con bastante precisión los escalones laborales rentables en los que se movieron los vascos en la pampa argentina y en el oeste de Estados Unidos, donde claramente el abanico de oficios fue menor que el desplegado al sur. Cerca del puerto rioplatense, estibadores, carreteros, carboneros, ladrilleros, tamberos, fonderos y saladeros, además de comerciantes, son parte del análisis somero pero ajustado de los autores, aún sin contar con la documentación cuantitativa que los respaldase. Llama la atención que, con la parquedad de la información a mano, intuyeran la estacionalidad climática y de mercado principalmente en saladeros y acopio de lana, lo que invitaba a una movilidad geográfico-laboral de los vascos comprobada, claramente ligada al rol de inquilino o huésped de los hoteles en ambos extremos del continente. Respecto a la especificidad del fenómeno que hemos elegido para homenajear *Amerikanuak*, Douglass y Bilbao adelantan, como un titular que ya no retomarían páginas adentro ni tiempo después, la presencia de fonderos en algunos sitios de la pampa, principalmente en Barracas y Chascomús. Como veremos más adelante, las fondas –muchas de ellas gérmenes de futuros hoteles– eran más visibles en sitios de comunidades vascas importantes y menos expuestas inicialmente en las zonas de frontera, donde comienzan como casas de familia ampliadas o pensión. Los autores no podían, de ninguna manera, observar alguna cuestión social sobre la frontera pampeana, temática aún en manos de historiadores que desconocían la inmigración e incluso a los criollos. En aquellos trabajos, toda la tinta se volcaba en imágenes castrenses heroicas frente a salvajes ebrios y haraganes que frenaban el avance de la civilización, apenas mencionándose el elemento extranjero.

Amerikanuak fue la mejor obra posible e inimaginable para cualquier contemporáneo. Con documentación escasa y parca, sin conformar un grupo de investigación acorde a tan magna tarea, inmersos en una etapa historiográfica econométrica y atisbos de análisis social y sin descuidar el momento primigenio que atravesaba el campo de la inmigración,

Amerikanuak es acaso la puerta de acceso a la historia de los vascos en América, indispensable y que sigue siendo una obra de referencia para muchos de los aspectos del fenómeno de la inmigración.

Douglass y Bilbao también observaban en *Amerikanuak* el fenómeno de la continuidad o ruptura en ciertas prácticas de los inmigrantes al llegar a América. En ese sentido, muchos hemos buscado las raíces de la solución al problema que los inmigrantes vascos encontrarían en la pampa, en el corazón de Euskal Herria. El alquiler de piezas es un fenómeno ‘ecuménico’ que se generaliza, por distintas razones y con variados ritmos, en el siglo XIX. En algunos países europeos es producto directo de las migraciones masivas del campo a la ciudad durante las épocas de avance del latifundismo y crisis agrícolas, lo que coincide con los efectos de la revolución industrial. En América, donde emigra gran parte de esa gente que no encuentra trabajo y lugar en las ciudades, buscando evadir las consecuencias ‘urbanas’ del capitalismo o proyectando mejores posibilidades que en Europa, también los alquileres se hacen frecuentes. No se trata aquí del hacinamiento propio de las ciudades industriales, sino principalmente del déficit habitacional de una sociedad en formación desbordada por la inmigración. Como veremos, cierta vaguedad especulativa en las intenciones de arraigo, de movilidad geográfica y hasta de oportunismo laboral más rentable, hicieron indispensables los hoteles étnicos en ambos extremos de América.

Desde mediados del siglo XIX se produce en la región habitada por los vascos un significativo proceso de modernización. La industrialización tiene en las provincias vascas peninsulares una aceleración en el último tercio del siglo XIX y principios del XX. Ese proceso industrial va a aparejar no sólo una nueva forma de producción, sino también una transformación cultural, un nuevo sistema de vida.⁵ En la región vasco francesa el proceso de concentración urbano se vio acelerado por una masivo despoblamiento de la campaña, pero que permaneció controlado por un alto porcentaje de emigración ultramarina. En medio del reacomodamiento postindustrial experimentado por los vascos peninsulares, se generalizaron algunas costumbres populares.

No habiendo en el año de 1805 más que cinco posadas y ventas desde Pamplona a Tolosa, hoy se cuentan dieciocho. Se han centuplicado las ta-

3. ESPACIOS DE RECREO Y ALQUILER EN EUSKAL HERRIA

⁵ Castells, Luis; Luengo, Félix; Díaz Freire, Javier y Rivera Antonio: “El comportamiento de los trabajadores en la sociedad industrial vasca (1876/1936)”, *Historia Contemporánea*, nº 4, 1990, pp. 319-340.

bernas y cafés y bodegones, así como el número de concurrentes a ellos y a ellas⁶.

Al mismo tiempo, los trabajadores europeos acudían luego de sus tareas a los lugares de ocio que entonces se multiplicaban. Pero las tabernas, antes que antros de perversión –tal como las veían los estratos altos de la época–, eran locales absolutamente indispensables dentro de una sociabilidad obrera no muy pródiga en lugares donde pudiera ser ejercida. También era el lugar para el recreo y ningún local estaba en condiciones de hacerle competencia a la taberna en este terreno, ni siquiera la vida familiar de los domicilios obreros, viviendas reducidas, antihigiénicas y escasamente confortables.⁷ Al igual que sus pares de Buenos Aires de principios del siglo XX, la clase alta euskalduna estudiaba preocupadamente como efectuar modificaciones en los modos de vida populares. Fueron presentados varios proyectos sobre viviendas para obreros que diseñaban habitaciones reducidas para garantizar la independencia y el aislamiento de las familias, dificultando los subarriendos y la existencia de huéspedes, cosa difícilmente evitable debido a la carestía de los alquileres y a los bajos salarios⁸. Los vascos, como seguramente todos aquellos sectores urbanos decimonónicos que se vieron desbordados habitacionalmente por gente foránea, alquilaban o subalquilaban un espacio de sus ya reducidas viviendas. En Navarra era frecuente la agrupación de familias en una sola edificación⁹, mientras que en derredor de las minas de Vizcaya los ingresos complementarios venían también del trabajo de las mujeres en los domicilios, atendiendo huéspedes¹⁰.

Dentro de su bagaje cultural, los inmigrantes vascos trajeron consigo la costumbre de agruparse a beber y jugar cartas periódicamente, tanto provinieran de un área rural o urbana. También el conocimiento y por

6 Sanz y Baenza, Florencio: *Estadística de Navarra*, Imp. de Erazun y Rada, Pamplona, 1858.

7 Ver Uría, Jorge: “La Taberna en Asturias a principios del siglo XX. Notas para su estudio”, *Historia Contemporánea*, n° 5, 1991, pp. 53-72 y “Ocio, espacios de sociabilidad y estrategias de control social: la taberna en Asturias en el primer tercio del siglo XX” en Redero, Manuel (ed.) *Sindicalismo y Movimientos Sociales (Siglos XIX-XX)*, Madrid, UGT. Centro de Estudios Históricos, 1994, pp. 73-98. También, “La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad funcional en la Restauración Española”, *Hispania*, LXIII/2 n° 214, 2003.

8 Pilar Pérez-Fuentes Hernández: “La evolución de la fecundidad e industrialización en un municipio minero vizcaíno: 1877-1920”, en González Pérez, Vicente; Eiras Roel, Antonio; Livi Bacci, Massimo; Nadal Oller, Jordi; Bernabeu Mestre, Josep (coords.), *Actas del II Congreso de la Asociación de Demografía Histórica. Alicante, abril de 1990*, Alicante, Universitat de València/Seminari d’Estudis sobre la Població del País Valencià/Diputació Provincial de Alicante/Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 1991, pp. 121-135.

9 Andrés-Gallego, José: *Historia Contemporánea de Navarra*, Pamplona, Ediciones y Libros, 1982.

10 Pérez-Fuentes, “La evolución”.

qué no, el padecimiento, de que el subalquiler de un espacio familiar (sin necesidad de construir) significaba un ingreso adicional. Por su parte, los inmigrantes originarios de montañas o zonas rurales, acostumbraban a reunirse en un sitio, aunque por un tiempo más prolongado, sólo un par de veces al año. En Argentina, en la provincia de Buenos Aires, una sociedad cada vez más cosmopolita y un escenario en formación, a lo que se sumaba un proceso de expansión territorial, brindaban la oportunidad de que los inmigrantes reprodujeran sus costumbres sociales y culturales adaptándolas a nuevas dimensiones espaciales y otros ritmos de trabajo. Los almacenes de Ramos Generales, las fondas, los hoteles, las romerías y los frontones surgieron espontáneamente como alternativas viables para todas las procedencias y necesidades¹¹. Respecto a las viviendas, la Argentina presentaba otros problemas y deficiencias, aunque fácilmente solucionables con los mismos remedios que en Euskal Herria. En el oeste americano, el hotel vasco fue una solución para el mismo grupo étnico pero en distintas circunstancias y con ofertas diferentes –ambientales y laborales– del escenario¹². Ambos espacios eran fronterizos. Allí habitaban colonos, recién llegados y nativos, éstos últimos con una concepción distinta de la propiedad de la tierra, el ganado y la vida. El idioma jugó fuertemente en ambos extremos. Al norte, convirtiendo a los hoteles en islas donde apoyarse para llegar informados a un sitio. Al sur, para sentirse en un ámbito acogedor donde practicar el idioma en el que empezaban a caer palabras en el agujero del olvido.

El subtítulo bien podría servir, claro está, para cualquier otro grupo de inmigrantes. Dudamos que se pueda tratar acabadamente para todo el período, tomando tan siquiera una ciudad portuaria a lo largo del continente. La segunda parte del subtítulo, convierte en imposible cualquier estudio profundo salvo que se recorte el período y el espacio a analizar. Hagamos un intento de comparar, sin mayores pretensiones, lugares lejanos y similares como la pampa rioplatense y el oeste norteamericano. El déficit habitacional en la provincia de Buenos Aires, producto de un flujo sostenido y creciente de inmigrantes, a lo que se sumaba la imposibilidad estatal de prever estos desajustes demográficos, debió

4. LA VIVIENDA EN AMÉRICA. MOVILIDAD Y DÉFICIT HABITACIONAL

11 Marcelino Irianni, “Como en nuestra casa... Fondas y hoteles vascos en Tandil”, *Siglo XIX*, n° 16, segunda época, México, Instituto Mora, 1994, pp. 54-77; también *Historia de los vascos en la Argentina*. (Colección La Argentina Plural, dirigida por Fernando Devoto), Buenos Aires, Biblos, 2010.

12 Junto a los trabajos de Douglass, pueden observarse otros de Jerónima Echeverría, *Ostatuak Amerikanuak: A History of Basque Boarding Houses*, Denton, University of North Texas, 1988 y Jerónima Echeverría y Richard Etulain: *Portraits of Basques in the New World*, Reno, University of Nevada Press, 1999. En este último, la autora reafirma la presencia de las mujeres vascas ligadas a la hotelería en esa zona de Estados Unidos.

ser moneda corriente desde muy temprano. Los vascos, entre otros inmigrantes, penetraron en un territorio nuevo, virgen, con presencia de indígenas y ausencia de caminos y elementos indispensables como los árboles para construir viviendas. Si los inmigrantes arribados con posterioridad a 1880 encontraron espacios demográficamente ‘desbordados’, los que lo hicieron antes de esa época y no se quedaron cerca del puerto, no debieron encontrar una situación edilicia menos desoladora. Algunas citas pueden ilustrarnos al respecto. En un lugar tan cercano al puerto como Barracas al Sud, los inmigrantes tenían que improvisar sus viviendas –inclusive con elementos bastante precarios– a medida que llegaban¹³. Así lo recuerda McCann, un viajero inglés, en 1848.

Luego de haber andado cosa de una legua, cruzamos el puente de Barracas, entrando en una extensa llanura donde nada indicaba la cercanía de una gran ciudad. Las casas, en su mayoría eran construcciones de madera muy recientes y pertenecían a inmigrantes vascos...¹⁴.

La utilización de un elemento como la madera que simplificaba y posibilitaba la autoconstrucción de casillas, generó fuertes debates a nivel político entre quienes veían en el un elemento noble y modernizante y los que pensaban que, más allá de presentarse como reservorios para pestes “las construcciones de madera que se hacen actualmente en la Capital, no sólo resienten la estética sino que le dan el aspecto de una aldea”¹⁵.

Sin embargo, a medida que los inmigrantes se movían hacia el sur, alejándose del delta y sus lenguas arboladas, entraban en una llanura sin árboles, poblada de matorrales y excepcionalmente mimbres que habían colonizado la pampa por las riberas de ríos y arroyos. La presencia abundante de maderas en el oeste americano no fue un elemento determinante para que los hoteles vascos tuviesen también un lugar destacado. Como veremos más adelante, la imposibilidad de contar con una vivienda propia –en ambos extremos de América– no dependía únicamente de la presencia o ausencia de los elementos para construirlos.

En una zona donde abundaba la tierra y el pajonal, además de caballos como única fuerza de trabajo adicional a los ladrilleros, las construccio-

13 “Una reconstrucción de la ciudad de principios de siglo muestra que, antes que la orgullosa masa de símil piedra que intentaba mostrarse, el ámbito urbano se parecía más a un campamento, con sus casas de madera, sus galpones de chapa en pleno centro, y sobre todo, con sus amplios espacios vacíos, sus huecos, en donde la pampa aún era tangible”. Jorge Liernur y Graciela Silvestri: *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1993.

14 Williams McCann: *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires, Ed. Solar-Hachette, 1969.

15 Debate protagonizado en el Concejo Deliberante porteño por los Concejales Pellegrini y Dupont en 1887. Extraído de Liernur y Silvestri, *El umbral*, p. 206.

nes de barro pampeanas fueron pronto suplantadas por los ladrillos. Los hornos para cocerlos, en la ciudad de Buenos Aires, constituían en cierto modo una paradoja. Sin canteras cercanas, para pasar de este estado de construcción `provisorio' a uno definitivo, la ciudad debía extraer los materiales sólidos de su propio suelo. Paradoja entonces, porque las numerosas fábricas de esos ladrillos que irían reemplazando a la `ciudad efímera' eran ellas mismas una parte sustantiva de esa ciudad.¹⁶ Trescientos kilómetros hacia el sur la situación era bastante similar. En 1850, un europeo registraba de la siguiente manera su llegada a la zona de Tandil.

Me habían dicho que el pueblo de Tandil tenía unas pocas casas y que lo vería recién cuando estuviera en medio de la plaza. Así fue en realidad. Entre el escaso caserío resultaba tan preponderante el Fuerte militar que el pueblo parecía más una estancia que un pueblo¹⁷.

Que los pueblos estuvieran `vacíos' no era lo peor. La llegada de gente a modo de goteo estiraba las camas disponibles para los recién arribados, pero lentificaba la oferta de los materiales para los decididos a emprender una autoconstrucción. No era sencillo, aunque tampoco imposible, adquirir una chacra cerca de un arroyo, comprar un caballo y ponerse manos a la obra con la parentela o sólo. Más allá de la presencia o no de materiales elementales para construir una vivienda, la mayoría de los inmigrantes, solteros y jóvenes, no contaba con el ahorro para adquirirlos ni con el tiempo extra para la auto construcción. Todo ello, suponiendo que cualquiera trajese los conocimientos básicos para realizarlo. Mientras tanto había que acomodarse en algún lugar. Como las fondas no surgieron hasta mediados de 1860/70 y los hoteles no lo hicieron prácticamente antes de la última década de ese siglo, los caminos de los vascos debieron terminar, con o sin información previa, en la casa o comercio de un connacional (situación que debió ser extensiva a todas las zonas).¹⁸ Aquello solucionaba distintos problemas de los recién llegados y debió funcionar con éxito en ambos extremos de América. Douglass y Bilbao, valiéndose probablemente del relato de descendientes, coinciden en que algunos hoteles abren sus puertas con los ahorros logrados en la ganadería o el comercio, mientras que

¹⁶ Liernur y Silvestri, *El umbral*, p. 205.

¹⁷ Juan Fugl: *Memorias de Juan Fugl: vida de un pionero danés durante 30 años en Tandil-Argentina 1844-1875*, Tandil. Traducción de Alice Larsen de Rabal, 1989.

¹⁸ "En Rosario, y casi con seguridad en las otras grandes ciudades-puerto vinculadas con la expansión agroexportadora, es posible pensar la vivienda popular en relación con tres modos de habitar: el conventillo, la vivienda unifamiliar y un conjunto de soluciones muchas veces ocasionales que incluirían desde el alquiler de un cuarto en una casa de familia al dormir en el mismo lugar donde se trabaja". Diego Armus y Jorge Hardoy: "Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano del novecientos", en Diego Armus (ed.): *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 163.

otros se transforman desde el subalquiler de familias y luego fondas, acumulando ahorros en el mismo rubro¹⁹. Como sea, los hombres solteros trabajaban de sol a sol y al volver a la fonda, atendida por una familia, contaba con comida y reparación de la ropa, además de una contención por parte de connacionales que no debió ser un tema menor. Aquellos servicios, que también utilizaron los pastores trashumantes en el oeste norteamericano en algunos momentos del año, permitían ahorrar sin invertir y la posibilidad –principalmente al sur–, de una movilidad geográfica ocupacional que impedía la adquisición de un solar y una vivienda. El jornal era, en sus inicios, más alto que los salarios fijos. Bodnar, analizando la inserción/integración de europeos en Estados Unidos, observa la prioridad diferencial de las distintas etnias al momento de construir el núcleo familiar. Los italianos, principalmente del sur, buscaban una mujer que los acompañase casi de la misma manera que aquél que busca un solar o un trabajo²⁰. Era indispensable e irremplazable para aquellos la conjunción de trabajo esforzado masculino fuera de casa y sus esposas apuntalando la vida cotidiana y crianza de hijos, lo que a la larga no traía pocas dificultades, además de fugas de las mujeres adolescentes.

Uno de los primeros maestros de Tandil, el vasco Francisco Juldain, nos ilustra en sus memorias escritas en 1884 sobre el problema habitacional del Tandil de 1850/60:

Hasta 1857 no había fondas ni casas de hospedaje; los forasteros que nos visitaban eran generalmente alojados en las casas de comercio, en cuyos extensos corralones se hacían grandes asados que se comían en comunidad²¹.

Si algo caracterizó a los inmigrantes vascos tempranos en la pampa fue una intensa movilidad geográfica y ocupacional, a la vez que un uso intensivo de las redes; aquello era posible por la ausencia de un mercado de trabajo consistente y la migración individual, a veces dejando la familia cerca del puerto para luego mandarla a llamar. Si hacemos un recorrido imaginario por la provincia, de norte a sur, encontramos desde época temprana fondas –y luego hoteles– de propietarios vascos en casi todos sus pueblos; espacios en formación que se veían desbordados habitacionalmente por los nuevos pobladores. Las fondas y hoteles, como antes el subalquiler de piezas al igual que los conventillos en la ciudad porteña–, surgieron en forma espontánea y casi obligatoria en casi todos los rincones de una provincia en expansión.

19 Douglass y Bilbao, *Amerikanuak*, p. 461.

20 Bodnar, John: *The Transplanted. A History of Immigrants in Urban American*. Bloomington, University of Indiana Press, 1985.

21 “El Tandil de hace 30 años”, *El Eco del Tandil*, 18/05/84. Hemeroteca del IEHS, Unicen, Tandil.

5. INQUILINOS Y HUÉSPEDES

¿Se pueden recuperar aquellas fondas iniciales y viviendas de familias vascas que subalquilaban cuartos y posiblemente brindaban el servicio de comida y lavado de ropa a sus hospedados? Una posibilidad, que presenta limitaciones y no pocos problemas, es a través de las cédulas censales. Aunque en pocos casos los encargados de registrar el Censo nos han dejado señas claras para diferenciar a los residentes en cada vivienda, existe cierta lógica (en ocasiones ayudada por las directivas ordenadas a cada encargado de llevarlo a cabo) en la formalidad del acto del Censo. También varios elementos que permiten, aunque con cierto margen de error, recuperar las agrupaciones residenciales. Por lo general, aparece censado en primer lugar el jefe de familia, seguido por su esposa y los hijos. Al final de la familia nuclear suelen estar los cuñados, suegros, tíos y demás miembros propios de una familia extensa. Pero a través del análisis de distintos Censos nos llamaba la atención que en ciertas viviendas aparecían en forma recurrente e inmediatamente ubicados tras la familia nuclear o sus agregados, personas (principalmente mujeres) que declaraban oficios como sirvienta, cocinera, doméstica, mozo, etcétera. Lo curioso es que en aquellas casas, por lo general pertenecientes a un fondero o comerciante, aparecían una y otra vez varios paisanos con algún trabajo determinado (por ejemplo horneros). A esto se sumaba, por ejemplo, que las sirvientas o cocineras se ubicaran cerrando el grupo familiar total (o sea después de los trabajadores). También es frecuente que esos potenciales inquilinos, como también otros que lo hacen con sus familias, declarasen trabajos de los que se podría esperar que no brindaran rápidamente ahorros para convertirse en propietarios.

Observemos, a través de las cédulas censales²², lo que ocurría habitacionalmente con algunos de aquellos inmigrantes vascos, al interior de viviendas que nos permite reconstruir el Censo Nacional de 1869 y que los autores de *Amerikanuak* pudieron igualmente imaginar. Al sólo efecto de aprovechar intensamente el tamaño máximo de este artículo y apuntalar la comparación con el oeste americano donde sobresalen los ovejeros, hemos escogido un sitio de todos los estudiados. Chascomús²³ era una zona ganadera por excelencia, más precisamente ovina, pero por las características de la ganadería bonaerense decimonónica que también contaba con un interesante núcleo poblacional urbano.²⁴ Nos

22 Cédulas Censales del Primer Censo Nacional (1869) Archivo General de la Nación, Sala X, Buenos Aires.

23 Al momento del Segundo Censo Nacional (1895, Sala X, A.G.N, Buenos Aires), cuatro vascos declaran estar al frente de una fonda y 2 en hoteles. Al igual que en Barracas al Norte no coinciden con los que se encargaban de ese rubro unos años antes en el mismo sitio. El desgaste familiar que significa una empresa que demanda una atención total es acaso una explicación que fundamente la imposibilidad de continuidad.

24 Cabe aclarar que sólo se recuperó, a modo de ejemplo para el tratamiento de los temas expuestos, el compartimento habitacional en el área urbana. De todos modos, hemos detectado agrupaciones y compartimentos de viviendas en zonas rurales, sobre todo entre pastores o tamberos.

interesa especialmente por compartir la principal actividad con el oeste americano. Dentro de los cuarteles urbanos el primer caso que se nos presenta es el de Pedro Garat, vasco francés, 46 años, que declara ser fondero. No lee ni escribe y está junto a su esposa Lorena Eguzquiza, vasca española, de 42 años, también analfabeta y seis hijos argentinos, el mayor de ellos de 14 años y el menor de tres. Junto a ellos viven José Guerientay, 30 años, soltero, vasco español, peón jornalero; Juan Hierabide, 30 años, soltero, vasco francés, carrero; Arnida Salas, español, 23 años, carpintero y su esposa Ana Mandagazal, vasca francesa, 23 años, que se dedica a cuidar a sus dos hijos argentinos, de 5 y 1 año de edad. También José Lerindía, 29 años, soltero, vasco español, carpintero; Juana Etchegoyen, 24 años, casada, vasca española (¿pareja del anterior?), sin ocupación y Vicenta Michilena, 29 años, casada, vasca española, que también se declara sin ocupación.

En la misma cuadra o al menos muy cerca, Antonio Eguzquiza, 29 años, vasco español, también se afanaba en hacer progresar su fonda. Eguzquiza sabía leer y escribir. Lo hacía con su esposa María Ardoqui, 29 años, vasca francesa, analfabeta, quien se ocupaba de criar a sus dos hijos argentinos de 5 y 2 años. En ese momento la fonda tenía los siguientes inquilinos. Miguel Arrizabalaga, 24 años, soltero, vasco español, dependiente; María Rea, 22 años, soltera, española, sirvienta; Tomás Saparrarbe, 21 años, soltero, vasco francés, peón campo; Josefa Imaz, 17 años, soltera, vasca española, sin trabajo; Simón Arriaga, 15 años, soltero, vasco español, peón; Juan Chamín, 22 años, casado, vasco francés, hortelano; Bernardo Larralde, 42 años, casado, vasco francés, preceptor; Juan Etchevesty, 11 años, soltero, vasco francés, sin ocupación.

También tenía una fonda el vasco español José Goñi, 23 años, analfabeto, a quien acompañaba su esposa María Errecart, vasca francesa, que sabía leer y escribir y también declaró ser fondera. Allí pasaban la noche —o comían— las siguientes personas. Martín Lisamburu, 10 años, vasco español, sin ocupación; Francisco Echepare, 17 años, soltero, vasco francés, jornalero; Gerónimo Aranalde, 35 años, soltero, vasco español, jornalero; Joaquín Chavarría, 70 años, soltero, vasco español, jornalero; Antonio Gainza, 24 años, vasco español, soltero, jornalero; Martín Durunea, 20 años, soltero, vasco francés, jornalero; Martín Indaburu, 22 años, casado, vasco francés, jornalero; Bautista Iturriós, 30 años, soltero, vasco español, jornalero; Antonio Iturrioz, 28 años, soltero, vasco español, jornalero; José Elodey, 21 años, soltero, vasco español, jornalero; Segundo Ilharre, 28 años, soltero, vasco español, jornalero; Juan Biscaburo, 29 años, vasco francés, soltero, mozo fonda; Micaela Goñi (¿hermana del dueño?) 38 años, soltera, vasca española, sirvienta; Graciana Bicondoa, 18 años, soltera, vasca española, también sirvienta.

Antonio Higarzabal, 26 años, vasco español, analfabeto, también declaró ser fondero. Lo acompañaba su esposa Juliana Saspirro, 27 años, vasca española, analfabeta. Junto a ellos aparecen dos niños: uno argen-

tino, Luisa Higarzábal de un año y otro español, Martina Saspirro de 10 (huérfana). Pero también se hospedan allí Juana Eliseche, 16 años, soltera, vasca española, sirvienta; Ignacio Aguirrezabala, 53 años, soltero, vasco español, inválido. Este era acompañado por su yerno y una hija de 22 años, sin ocupación. Francisco Aguirre, 24 años, vasco español, peón en un taller de sebo y su esposa, Ignacia Inchausti, 23 años, vasca española; Laureana Tomasena, 22 años, casada, vasca española, sin ocupación; Joaquín Aguirre, 33 años, vasco español, peón y su esposa Tomasa Mendiberri, 32 años, vasca española, sin ocupación; Antonio Daguerre, 25 años, casado, vasco francés, peón en industria del sebo.

No era infrecuente, como se ve, que los extranjeros censados allí estuvieran (momentáneamente o no) sin ocupación. Es factible por tanto pensar que existió cierta solidaridad mínima, techo y comida, por el sólo hecho de tratarse de connacionales. Pero también, nobleza obliga, cabe decir que la estacionalidad de las tareas no convertía en 'vago' a un sujeto que se mantenía a la espera de momentos de mayor contratación de personal. Una salida, aunque no fácil en un ámbito nuevo y que no se debió reducir al universo euskaldun, era realizar trabajos esporádicos como jornalero. Pareciera ser una constante el hecho de que en la misma fonda o casa subalquilada residieran trabajadores de oficios similares, lo que refleja el uso efectivo de las redes al menos a nivel de información o recomendación. En varios de los casos se destaca la ocupación en la industria del sebo. Sirvienta o mozos de fonda, parece claro que cambian aquellas tareas por vivienda y comida allí mismo.

Juan Inchauspe, 41 años, vasco francés, también tiene –aunque es analfabeto– una fonda. Su esposa, Graciana Echepare, vasca francesa de 31 años, se encarga de cuidar a sus seis hijos argentinos, el mayor de los cuales –como referencia para saber los años de residencia en Argentina– tiene 11 años. Conviven con ellos Juana Echepare, cuñada, de 23 años, vasca francesa, que ha enviudado joven y tiene dos hijos argentinos de 4 y 2 años. Es analfabeta y no tiene trabajo; posiblemente ayuda en la fonda. Conviven con Francisco Apezeche, 38 años, vasco español, pastor y su esposa, Juana Echepare (cuñada del fondero) de 26 años, vasca francesa que cuida a sus dos hijos argentinos menores de 4 años; María Inchauspe, hermana del fondero, 15 años, soltera, vasca francesa, sirvienta; Victoriano Zabaleta, 18 años, vasco español, soltero, sirvienta; Juan Ilarramún, 23 años, soltero, vasco francés, jornalero; José Garralde, 23 años, soltero, vasco francés, jornalero; Francisco Hirungaray, 19 años, soltero, vasco español, jornalero; Bernardo Arrechea, 25 años, soltero, vasco español, jornalero; Braulio Herro, 42 años, español, soltero, jornalero; Martín Salzalde, 22 años, soltero, vasco francés, jornalero; Martín Echevarría, 24 años, soltero, vasco francés, jornalero; Pedro Echever, 32 años, soltero, vasco francés, jornalero; Juan Arizpuro, 52 años, viudo, vasco francés, jornalero; Valentín Ibarguen, 20 años, soltero, vasco español, zapatero.

Esta mirada microhistórica, por las ventanas de las fondas de mediados del siglo XIX, nos permite penetrar a la vida cotidiana de aquellos euskaldunes en sus primeros pasos en América. Es evidente, más allá de que en las fondas solían habitar familias, que el grueso de sus huéspedes estaba conformado por hombres jóvenes, solteros y en ocupaciones –si pensamos en la posibilidad de adquirir una vivienda o construirla–, de capitalización lenta. También resulta significativo el uso de las redes familiares para trasladarse a América; en cada una de aquellas viviendas había hermanas, cuñados y demás familiares que seguramente devolvían el favor en forma de trabajos como sirvientes, cocineros, etcétera, hasta lograr la independencia económica. No debió ser infrecuente que, al igual que en el comercio, algunos de aquellos dependientes terminara por alguna razón (enfermedad, cansancio o retorno por medio) adueñándose de la fonda. También parece claro que a medida que nos alejamos de los núcleos más poblados del norte hacia el interior, son menos frecuentes los subalquileres de casas o más fáciles de montar las fondas. Es posible que en las grandes ciudades, caso Buenos Aires o Rosario, se presentaran alternativas competitivas como los conventillos que quitaban inquilinos a las posibles fondas; pero también que las dimensiones mayores de esos espacios dificultaran un uso más intensivo de las redes. Un elemento que destacan Douglass y Bilbao como fundamental en los hoteles vascos del oeste de Estados Unidos, se repite en las fondas y luego hoteles sudamericanos: la presencia de mujeres. No es necesario aclarar que la comida, la limpieza y la atención de parturientas corría por cuenta de la esposa e hijas del propietario y en su ausencia, de personal contratado. Pero es llamativo, elemento corroborado por un descendiente de un hotelero vasco entrevistado en Tandil, que las mujeres que señalan Douglass y Bilbao también eran en un pueblo nuevo como Tandil un señuelo para atraer clientela, permanente o sólo a comer, con la intención clara de conformar una pareja con una connacional. Aquello era primordial para atraer osos a la trampa. En segundo lugar, abusando de la metáfora, para aquellos hombres de boina que disfrutaban las alubias como osos, la abundancia en el plato de comida era decisivo al momento de entrar a uno u otro establecimiento, casi tanto como las mujeres.

Parece claro que las fondas eran lugares, sin cartel o indicador visible, a los que se llegaba por datos de amigos o compañeros de trabajo. También que en este caso anterior el encargado del Censo haya llegado a la hora de almorzar o en un momento en que se juntaba la gente hospedada. Otra posibilidad, ligada a la estacionalidad de las distintas producciones, es que Setiembre (mes del Censo) haya sido una época de relativa desocupación para jornaleros y peones que pasaban largas horas en sus patios y salones. Parecería que, a medida que nos alejamos de sitios donde había agrupaciones de vascos numerosas como Barracas o Chascomús hacia sitios todavía minoritarios, es más frecuente encontrar convivencia entre euskaldunes, franceses y españoles. Conocer las tareas en que se ocupaban cada uno de los habitantes de esos espacios

nos muestra que, como adelantábamos, se trata de personas con trabajos de capitalización lenta.

Más allá de la cantidad de mujeres y niños –que decrecen naturalmente en dirección norte/sur– estamos en presencia principalmente de jornaleros y peones; por parte de los trabajadores autónomos llama la atención el número de carpinteros y albañiles (posiblemente de corta estadía en esos sitios y generalmente facultados para la autoconstrucción) y en menor medida de los panaderos y zapateros. Sirvientas, cocineras y planchadoras representan ese sector que se presentaba como funcionalmente indispensable a los establecimientos en cuestión. Es llamativo, pensando en que por lo general podían residir en el mismo negocio en que trabajaban, el número de comerciantes y dependientes.

No podemos dejar la zona de Chascomús sin preguntarnos ¿por qué no aparecen pastores entre los inquilinos de las fondas, tal como sucede en el oeste americano? Una explicación básica es que a diferencia del norte, donde es indispensable la trashumancia de pastos de verano a los de invierno, en la pampa los rebaños están todo el tiempo en un terreno amplio y los pastores que los cuidan suelen vivir en puestos que cubren el perímetro de las estancias. Es probable, aunque difícil de constatar, que aquellos jóvenes habitaran esporádicamente las fondas en sus visitas al pueblo, durante jornadas de franco. De todos modos, no podemos dejar de mencionar dos o tres elementos adicionales que explican las diferencias con el oeste de Estados Unidos. El rótulo de la persona que cuidaba ovejas fue mutando entre 1840 y 1870, fenómeno conceptual no abordado por Douglass y Bilbao. Pastor en un principio, aparcerero luego, peón cuando sedentarizaba en un establecimiento, ganadero y jornalero cuando participaba de la esquila o las pariciones de mayo, pero luego volvía al pueblo. A primera vista algunos parecen sinónimos, aunque lo sustancial es que su mención tomaba en cuenta el tiempo de trabajo pero también los términos temporales o de pago por la tarea, lo que incluía el pago en ganado.²⁵ Junto a ello, el Censo de 1869 nos refleja el universo pastoril en una fecha cercana al comienzo del final. La crisis internacional de 1873 es la gota que rebalsa el vaso salpicando la mesa argentina, pero que había comenzado antes. Del mismo modo, las oportunidades excepcionales de 1840 al 60, disminuían presurosas. Al momento del Censo muchos argentinos habían aprendido la tarea y no era necesario contratar vascos, irlandeses o franceses, más caros o con más pretensiones. La aparcería, principalmente la mediería de los años 1840 y 1850 era un recuerdo, decantando a terciaría y porcentajes menores de ganancia. Pero acaso hay algo más importante. La fiebre del lanar de la que hablaba Hilda Sabato, ubicándola en esta zona y en el arco temporal que

25 Douglass y Bilbao en *Amerikanuak*, encuentran esta modalidad preferida por muchos pastores, especialmente, como sucedió en la pampa rioplatense, en los inicios de la actividad y que desaparecen en las épocas de crisis.

va de 1840 al 70, se parece bastante a la fiebre del oro americano²⁶. Nos preguntamos, ¿eran los buscadores de oro los que progresaban en aquella empresa? ¿O acaso otros actores secundarios, pero vitales, que no arriesgaban sus vidas en busca de la veta que siempre hallaba otro? La ruina de los mineros había conformado las riquezas incalculables de los vendedores de mulas, baldes, picos, palas, sogas y aquellos que daban de comer a los mineros, además de arreglarles el vestuario para cada día. Creemos que, más allá de que hubo muchos más casos exitosos entre los pastores que entre los mineros, los fonderos, carreteros que cargaban la lana, jornaleros que confeccionaban aguadas para el ganado y constructores de corrales y galpones, eran acaso los verdaderos beneficiarios del boom lanero. No es casualidad que Chascomús mantenga prácticamente su población total entre 1869 y el censo de 1895. A fines de aquel siglo, Chascomús se había convertido en zona de paso, hacia otras oportunidades rentables situadas al sur.

Ahora bien, ¿se trató de un fenómeno típicamente euskaldun o común a distintos grupos nacionales?; y como parte del mismo interrogante, ¿qué papel le cupo a la hotelería vasca en la oferta total de cada sitio? Por ahora sabemos, según una guía de fines de siglo XIX, que los vascos pampeanos tenían en sus manos –en algunos sitios– el 60% de la oferta habitacional o más aún en cuanto a fondas y hoteles se refiere.²⁷

PARTICIPACIÓN VASCA POR ACTIVIDADES, 1898²⁸

Ramo	Barrac. S.	Chascomús	Tandil	Magdalena	Necochea
Almacén	13 (de 68)	10 (de 33)	13 (de 44)	8 (de 31)	12 (de 63)
Cafés	5 (de 14)	5 (de 10)	—	—	—
Canchas	—	4 (de 4)	—	—	1 (de 1)
Fondas	6 (de 6)	6 (de 10)	6 (de 23)	5 (de 10)	7 (de 9)
Hoteles	—	4 (de 6)	2 (de 4)	2 (de 4)	1 (de 6)

Fuente: Elaboración propia en base a La Guía Argentina, 1898. Las líneas indican ningún caso (según esa fuente), lo que podría estar encubriendo el proceso invisible de un subalquiler o pensión.

26 Hilda Sábato: *La fiebre del lanar. Capitalismo y ganadería en Buenos Aires, 1850/1890*, Ed. Sudamericana, 1991.

27 *La Guía Argentina*. H. Buenos Aires, Montheil y cía., 1898.

28 No pretendemos que esta fuente se convierta en algo más que una provisoria visión de conjunto. No dudamos que, pese a la profesionalidad de los encargados de levantar estos datos por toda la provincia –tarea magna por cierto–, debieron ignorar las fondas, comercios, frontones, etcétera, que pasaran por alguna razón desapercibida a alguien que no fuera vecino del lugar.

El hotel vasco albergaba y atendía –aunque con una marcada presencia de euskaldunes– indistintamente a cualquier persona, pero sus clientes y la sociedad local lo identificaban, hasta por lo menos 1930, como un ‘símbolo’ más de la colectividad. Esto debió suceder en ambos extremos de América y mucho pudo tener que ver en ello, sobre todo fuera de las grandes concentraciones urbanas, el propietario del hotel. Su inserción en la comunidad, sus redes, el conocimiento del idioma natal y el del escenario receptor, lo convertían en uno de los faros que guiaban los botes a la deriva en un espacio novedoso. Al igual que una Euskal Herria que experimentó movilidad demográfica, laboral y social en la primera etapa del siglo XIX, algunos inmigrantes recuperaron la práctica de habitar en una casa de familia que les brindaba techo y comida, además de contención. Aquello sucedió en la pampa y el oeste americano. Si en el norte, buena parte de los huéspedes se desempeñaban como pastores que los empujaba a un nomadismo laboral excepcional, en el sur, la movilidad geográfico-ocupacional, el retorno siempre a mano y el tiempo que demandaba el ahorro y construcción, conducían al inquilinato.

La sociabilidad en los hoteles étnicos americanos desbordaba a almacenes de vascos e incluso comercios en general²⁹. Aquellos migrantes, al igual que en sus regiones de origen–, eran partidarios de la pequeña reunión diaria o semanal en la pampa y el oeste americano. Los que habitaban en las afueras del pueblo, solían llegar hasta esos refugios étnicos una vez al mes, en visitas al poblado que incluían aquellos encuentros. Sin embargo, pese a la cohesión que en ellos se sucedía, creemos que más que retrasar la integración de los vascos en la sociedad local, fondas, hoteles y frontones la aceleraron. Paradójicamente, antes que facilitar, fuera de las grandes ciudades rioplatenses aquellos espacios de sociabilidad frenaron la aparición de los centros vascos, toda vez que cumplían las mismas funciones. No es casual que, aunque hubo grandes romerías vascas entre 1910 y 1920, el Centro Vasco Gure Etxea de Tandil se conforme en 1949, y que en la mayoría de los pueblos de la provincia surjan a partir de 1940. Los vascos no necesitaron, hasta la llegada de los primeros exiliados del régimen franquista (momento en que el hotel vasco está en vías de desaparecer) contar con una institución propia. El hotel y la fonda aún les bastaba para preservar sus costumbres, preservar el idioma y el folclore en general, todo ello junto a la posibilidad de paliar añoranzas. Sin embargo, teniendo en cuenta la habitualidad de los euskaldunes con el castellano pero no con el inglés, el norte del continente resultó más indispensable para los recién llegados.

La historia muestra que a los vascos nunca les pesó alejarse, ya por mar en buques balleneros, ya de su patria a tierras ignotas, ya desde

29 Para ampliar sobre el concepto de sociabilidad, su aplicabilidad y su uso en la historiografía de distintos países, ver los trabajos compilados en *Revista Siglo XIX*, n° 13, México, Instituto Mora, 1993.

el puerto de llegada a la frontera de esos espacios nuevos. La hotelería nos ha permitido acercarnos así, aunque falta mucho por decir, a las experiencias de los vascos en la frontera y en espacios nuevos, improvisados a medida que llegaban los pobladores, pero también a un tema propuesto tímidamente por Jon Bilbao³⁰ y que se trata poco en *Amerikanuak*, como es el de la relación de los vascos con los indígenas de las zonas que habitaron. Podemos adelantar, al menos para el sur americano, que los vascos aprovecharon los tratados de paz de distintos gobiernos con los indígenas pampeanos, pero sufrieron y se acomodaron de la mejor manera a la ruptura de aquellos acuerdos. Tomaron las armas o convirtieron sus edificaciones en pequeñas guararniciones militares donde se guarecía el vecindario. En una zona gris entre ambos momentos, los vascos comerciaron con indígenas como con cualquier otro grupo étnico.³¹

Creemos que las fondas y hoteles vascos fueron un elemento más de la identidad (interna y externa) de la colectividad. Esta se conformó a partir de elementos culturales y por mecanismos de cohesión informales y se presentaba generalmente a través de personalidades distinguidas consensuadas. En esa línea de pensamiento, las fondas y hoteles, como así también los propietarios, cubrían las expectativas de una participación irregular y abierta preferida por los vascos. El papel clave como intermediario entre la colectividad y el mundo anglo que se le atribuye acertadamente al hotelero vasco del oeste americano, tiene su principal sostén en los inconvenientes idiomáticos que encontró este grupo étnico en el norte. Otra razón de peso se asocia al carácter iletrado de la mayor parte de los pastores, elementos que los ligaba a aquellas personas que por su formación y ocupación, se encontraban obligados a un trato cotidiano con el mundo anglo y a conocer el idioma.³² En Argentina varios factores minimizan –aunque no son determinantes– ese aspecto de intermediación del hotelero. Por una lado las ventajas idiomáticas, principalmente de los vascos peninsulares; en segundo lugar la diversidad que componía la comunidad vasca, donde no escaseaban los oficios independientes y los vascos instruidos. De hecho poseemos conocimiento de numerosos casos en que los vascos iletrados solicitaban firma o lectura de connacionales no hoteleros ni comerciantes. Los datos sobre propietarios de hoteles

30 Bilbao observaba, en 1994, la ausencia de comentarios o investigaciones sobre aquella inevitable relación entre inmigrantes vascos e indígenas. Ver Jon Bilbao Azkarreta: “Vascos e indios en la Patagonia (1855) y en Nevada (1911)”, en Escobedo, Ronald et al. (eds.): *Emigración y redes sociales de los vascos en América*, Vitoria-Gasteiz, Servicio Editorial de la UPV/EHU, 1996.

31 Irianni, Marcelino: “Indios e inmigrantes, ¿Actores de un mismo drama? La movilidad de españoles, franceses y vascos desde el puerto hasta Tandil”, *Anuario IEHS*, nº 12, Tandil, IEHS, 1997, pp. 327-346.

32 Douglas y Bilbao, *Amerikanuak*.

y fondas en distintos pueblos de la provincia bonaerense nos permiten reconstruir los posibles caminos alternativos para llegar a esa propiedad y los perfiles de aquellas personas. Líderes de la colectividad o no; hombres de campo, pero también comerciantes de oficio y otras variantes, marcan los distintos caminos de acceso. Si el hotelero fue una pieza importante su mujer jugó un rol primordial. Se encargaba de las compras y ropa de cama, a la vez que dirigía al personal femenino, entre el que se podían alistar sus hijas³³. En la mujer recaían también tareas poco gratas como cuidar a los enfermos hospedados y, llegado el caso, atender un parto o `preparar´ un finado. Sus habilidades para la cocina eran la clave para mantener –y acrecentar– buena parte de la clientela.

En ambos extremos de América los hoteles vascos contaron con una elevada proporción de cambio en su propiedad. Existen varias razones –según Douglas y Bilbao– para ello. Desde el punto de vista del propietario individual, el negocio hotelero podía aportar los recursos bien para regresar definitivamente a Europa o bien para invertir en otras tentativas. Pero, independientemente de la futura orientación que diesen a sus inversiones, la mayoría de los propietarios liquidó un negocio al cabo de unos pocos años para librarse de las tensiones y de las penalidades propias de la administración de hoteles. Los casos estudiados para Argentina han demostrado que los hoteles³⁴ también eran altamente rentables³⁵, y que jugaron idénticos factores en el final de algunos de ellos. El cansancio individual y familiar, la rutina, la falta de intimidad para la familia hotelera, han sido remarcados como elementos importantes entre los entrevistados. La falta de continuidad en los hijos estaba ligada a una clientela conseguida por la pertenencia paterna a la colectividad. Esto era difícil de mantener, sobre todo para los hijos nacidos en Argentina y las mujeres.

Todo nos indica que el inicio comercial de algunas fondas (mediados de 1860), precedido por un período ocupado por casas de familia, se manifiesta en el sur de América alrededor de quince años después de la llegada de los primeros vascos a la zona. Los inicios de la década de 1890 configuran acaso el momento de esplendor de las fondas, aunque la década 1900/1910 es el final o declive para muchas de ellas. Entonces los hoteles se adueñan del ambiente. Los hoteles étnicos funcio-

33 En el caso del Hotel Zalakain, las cinco hijas mujeres –posiblemente por sus edades–, no se dedicaban a tareas específicas, pero sí la esposa. Esto cambia cuando pasan a una pensión en Tandil, donde tienen una participación más activa. Celia Zalakain, 11-11-1995.

34 Es posible, que por la poca inversión de capital y mantenimiento, las fondas también fueran rentables. Cuando en 1879 muere el navarro José Esponda, deja como bienes a su mujer y dos hijos menores una fonda en la capital, la que se hallaba con un déficit de 50.000 \$. La viuda continuó y levantó la fonda y las deudas en pocos años. Sucesiones nº 5632. A.G.N.

35 Principalmente en los períodos cortos que se necesitaban luego de comprar la llave del negocio para adquirir el edificio. Ver casos de hoteleros Lejarreta, Loustau y Zalakain.

narán holgadamente ese medio siglo que corre entre 1880 y 1930. En el oeste americano los comienzos de la hotelería vasca coinciden con los de la pampa, incluyendo la etapa del subalquiler de viviendas, pensiones informales y fondas. Mientras los vascos pampeanos utilizaban las fondas y hoteles para mantener una movilidad ocupacional intensa o no contar con los ahorros ni el tiempo para construir una vivienda, en América del Norte la hotelería fue mayormente un rosario de islas étnicas por las que saltaban los euskaldunes para sentirse contenidos idiomática y culturalmente. El oficio predominante de pastor que llevó a los vascos al norte, incluso viajando desde Argentina, se conjugó con la trashumancia que obligaba a estacionar un tiempo en un sitio donde no tenían vivienda propia. En ambos sitios, una dedicación full time de atención al pasajero y los jóvenes que querían intentar otros caminos, se unieron al final del flujo migratorio. En los dos casos la clientela mutó de étnica a ecléctica, con turistas, soldados, viajeros y gente que gustaba de la cocina franco-española.

Armus, Diego y Hardoy, Jorge: “Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano del novecientos”, en Diego Armus (ed.): *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

Bilbao Azkarreta, Jon: “Vascos e indios en la Patagonia (1855) y en Nevada (1911)”, en Escobedo, Ronald et al. (eds.): *Emigración y redes sociales de los vascos en América*, Vitoria-Gasteiz, Servicio Editorial de la UPV/EHU, 1996.

Bodnar, John: *The Transplanted. A History of Immigrants in Urban American*. Bloomington, University of Indiana Press, 1985.

Castells, Luis; Luengo, Félix; Díaz Freire, Javier y Rivera Antonio: “El comportamiento de los trabajadores en la sociedad industrial vasca (1876/1936)”, *Historia Contemporánea*, nº 4, 1990, pp. 319-340.

Douglass, Williams y Bilbao, Jon: *Amerikanuak. Basques in the New World*, Reno, University of Nevada Press, 1975.

Douglass, William y Bilbao, Jon: *Amerikanuak. Los vascos en el Nuevo Mundo*, Bilbao, Servicio Editorial de Universidad del País Vasco, 1986.

Echeverría, Jerónima y Etulain, Richard: *Portraits of Basques in the New World*, Reno, University of Nevada Press, 1999.

Echeverría, Jerónima, *Ostatuak Amerikanuak: A History of Basque Boarding Houses*, Denton, University of North Texas, 1988.

Fugl, Juan: *Memorias de Juan Fugl : vida de un pionero danés durante 30 años en Tandil-Argentina 1844-1875*, Tandil. Traducción de Alice Larsen de Rabal, 1989.

Geertz, Clifford: *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1987.

Irianni, Marcelino, “Como en nuestra casa... Fondas y hoteles vascos en Tandil”, *Siglo XIX*, nº 16, segunda época, México, Instituto Mora, 1994, pp. 54-77.

Irianni, Marcelino, *Historia de los vascos en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2010.

Irianni, Marcelino: “Indios e inmigrantes, ¿Actores de un mismo drama? La movilidad de españoles, franceses y vascos desde el puerto hasta Tandil”, *Anuario IEHS*, nº 12, Tandil, IEHS, 1997, pp. 327-346.

La Guía Argentina. H. Buenos Aires, Montheil y cia., 1898.

Liernur, Jorge y Silvestri, Graciela: *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1993.

McCann, Williams: *Viaje a caballo por las provincias argentinas*.

Buenos Aires, Ed. Solar-Hachette, 1969.

Pérez-Fuentes Hernández, Pilar: “La evolución de la fecundidad e industrialización en un municipio minero vizcaíno: 1877-1920”, en González Pérez, Vicente; Eiras Roel, Antonio; Livi Bacci, Massimo; Nadal Oller, Jordi; Bernabeu Mestre, Josep (coords.), *Actas del II Congreso de la Asociación de Demografía Histórica. Alicante, abril de 1990*, Alicante, Universitat de València/ Seminari d’Estudis sobre la Població del País Valencià/Diputación Provincial de Alicante/Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 1991, pp. 121-135.

Sábato, Hilda: *La fiebre del lanar. Capitalismo y ganadería en Buenos Aires, 1850/1890*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1991.

Sanz y Baenza, Florencio: *Estadística de Navarra*, Pamplona, Imp. de Erazun y Rada, 1858.

Uría, Jorge: “La Taberna en Asturias a principios del siglo XX. Notas para su estudio”, *Historia Contemporánea*, nº 5, 1991, pp. 53-72.

Uría, Jorge: “La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad funcional en la Restauración Española”, *Hispania*, LXIII/2 nº 214, 2003.

Uría, Jorge: “Ocio, espacios de sociabilidad y estrategias de control social: la taberna en Asturias en el primer tercio del siglo XX”, en Radero, Manuel (ed.) *Sindicalismo y Movimientos Sociales (Siglos XIX-XX)*, Madrid, UGT. Centro de Estudios Históricos, 1994, pp. 73-98.